

Molinos, que no gigantes, vuestra merced...

JOSEP M.^a VENDRELL BRUCET

La capacidad de autoengaño del Ser Humano es fabulosa. Un poco de introspección nos ayudará a darnos cuenta de ello: consideremos cuál ha sido la inmediata reacción ante esta primera frase que ha asomado por entre los pliegues limítrofes de nuestro consciente/sub-consciente: una primera tendencia general de asentimiento, sobre un trasfondo complejo configurado por una sensación difusa de conmiseración hacia nuestros semejantes, contrapuesta a un sentimiento profundo de autoafirmación: "*Cómo se autoengañan, los pobres*"; y, surgiendo de más adentro: "*Pero yo no*". Es lo que decíamos: la capacidad de autoengaño de que disponemos los Humanos es fabulosa.

En general, en las escuelas se enseña (y es cierto) que la mente humana es uno de los logros más maravillosos de la evolución. Pero no se tiene tan en cuenta que la mente también es un instrumento potencialmente peligroso. No se asuste el amigo lector, esta última afirmación no surge de las connotaciones absolutistas de regímenes trasnochados, temerosos de la superioridad de los ideales ajenos. Pero es cierto que la mente debe ser atentamente vigilada, so pena de dejarnos engañar por ella.

¿Y cómo no va a engañarnos? Cuando nuestra mente se enfrenta al

mundo, la primera función que debe activar para tratar de comprenderlo y situarse en él es la capacidad de análisis: dividir, fragmentar, considerar cada una de las partes del mundo que nos rodea, desmenuzarlo en cada uno de sus componentes. Y, con ello, nos presenta el mundo en que vivimos como un conjunto de partes separadas y muchas veces contrapuestas y en conflicto. Cada congénere es potencialmente un enemigo. A cada momento debemos estar a punto para protegernos, continuamente en tensión contra un desconocido peligro que pueda surgir... En el fondo, el espíritu del "cow-boy" del lejano oeste americano: mente despierta, ojo avizor, mano rápida para disparar... Y así nos va.

Y todo ello, ¿por qué? Porque, hasta aquí, sólo se le ha permitido a la mente funcionar a medias. El análisis del mundo ha sido brillante, claro, preciso. El mundo está compuesto por un montón de partes: átomos, árboles, gatos, mejillones, seres humanos, monos, loros, sillas, coches, ladrillos, goma de mascar, agua, jirafas, sellos de correos... Pero si la mente no pone en funcionamiento su otra capacidad importante, todo esto no tiene mucho sentido. Un conjunto de partes no es un todo, igual que un conjunto de ladrillos no es una casa.

La mente debe analizar el mundo para empezar a conocerlo. De acuerdo. Pero no puede comprenderlo si no lo contempla con su capacidad de visión sintética. Debe ser capaz de considerar cada elemento aislado dentro del conjunto, de ver la relación que cada parte tiene con el todo. Si no es así, el conjunto se nos aparece como una aglomeración de componentes en un potencial estado de conflicto permanente. Un caos sin sentido, sin lógica, sin explicación y sin esperanza. Donde cada uno sobrevive como puede, defendiendo su parcela, encerrándose en un mundo de frialdad y desdén hacia todo el resto, cuando no de resentimiento franco disimulado bajo un chapucero barniz de hipocresía. Esta es una conducta muy correcta para un hipopótamo adulto, una trucha anciana o una jirafa adolescente. Pero cuando se trata de un Ser Humano, podríamos esperar un comportamiento algo más avanzado, tratándose de lo que imaginamos ser la última maravilla de la evolución de la Naturaleza. Nuestro cerebro nos proporciona la magnífica capacidad de análisis que nos faculta para contemplar todos y cada uno de los elementos separados de nuestro entorno. Pero también nuestro cerebro está dotado de una capacidad sintética, holística, gracia a la cual, más allá de la visión individualizada de los distintos elementos separados, podemos contemplar el mundo que nos rodea como un conjunto integrado, armónico y coherente. Sólo que nuestra mente no puede hallar esta coherencia por sí sola. Se requiere un esfuerzo consciente, sistemático y sostenido para poder utilizar correctamente esta capacidad sintética en la contemplación del mundo. La capacidad analítica es automática, primigenia; no cuesta mucho advertir la dicotomía entre Yo y los demás. Pero la capacidad sintética surge de una visión más profunda y trasciende el modelo simplista de cada uno enfrentado contra todos. Y esta profundidad de visión, esta capacidad trascendente de considerar que todo y todos pertenecemos a un mismo conjunto orgánico al que denominamos Naturaleza, Mundo (con mayúscula), Creación o Universo,

debe irse desarrollando poco a poco en nuestro interior, debe ir madurando en las reconditeces de nuestra mente, antes de aparecer como un pensamiento claro y definido. Igual que una planta debe ir desarrollando en el silencio y la sombra de cada capullo la flor que finalmente se abrirá a la luz del sol, nuestra mente debe ir poco a poco organizando su visión del mundo. Primero, son elementos separados, pétalos sueltos que deben ir madurando, uno a uno. Pero finalmente, cada pétalo debe olvidarse de sí mismo para combinarse con los demás, a fin de dar origen al conjunto integral, armónico: la flor acabada, la visión del mundo como un conjunto, una síntesis magnífica en la que cada elemento, cada circunstancia, ocupa exactamente su lugar. Aunque a primera vista no parezca ser así. Y es lógico que a primera vista no parezca ser así. Nuestra mente se ha habituado, a través de millones de generaciones anteriores, a operar en dicotomías analíticas. Y, cuando alguna circunstancia no es todo lo agradable que sería de desear, surge rápido el análisis, el antagonismo, el rechazo, la lucha. El problema, en suma.

¿Cómo salir de este automatismo? Sólo hay un medio: el análisis consciente de la situación, la disposición activa para adoptar un punto de vista más amplio, más generoso, más abierto y libre.

Contemplar nuestra mente mientras analiza y separa. Utilizar nuestro cerebro para estudiar cada parte, sí, pero también para ver su relación correcta con las partes restantes del todo. Cuando ponemos la mano en una estufa y su calor nos quema, no se trata de un castigo que nos inflinge la naturaleza, ni de que ésta sea incordiante. La Naturaleza nos ha dotado de la percepción del calor y del dolor de la quemadura para protegernos: Ella "sabe" que es mucho mejor que nos quememos un poquito y retiremos la mano, antes que perder una extremidad devorada por el fuego, lo cual podría suceder en caso de no notar el dolor de la quemadura.

Quizá un hecho aislado en un momento determinado nos pueda parecer molesto; puede ser difícil comprender un particular acontecimiento doloroso. Pero, si el Ser Humano desea comprender el Mundo que le rodea, no debe limitar su mirada a las solas circunstancias placenteras: todo debe incluirse en una visión que pretenda ser omniabarcante, herencia del pensamiento universalista que alboró en nuestro Renacimiento y que trata de afirmarse con el progreso de las aplicaciones prácticas de la Ciencia Moderna en pro de la humanización del Ser Humano.

Ahora bien: para alcanzar esta visión omniabarcante, para llegar a obtener una visión holística del mundo en que estamos inmersos, no sólo se requiere una buena capacidad de análisis, introspección y síntesis.

Para contemplar con propiedad el mundo que nos rodea, se necesita ser valiente y ser sincero.

Valiente, para ser capaz de contemplar cara a cara esta Naturaleza en la que, utilizando una expresión de San Pablo, *"vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser"*. Que es nuestra, que es parte de nosotros igual que nosotros somos parte de ella. Que continuamente avanza. Que, con una presión constante, impulsa la vida hacia adelante, buscando una perfección siempre en aumento a través del proceso que denominamos evolución.

Y sincero: sólo con sinceridad puede uno atreverse a mirar la realidad que le rodea. La insinceridad crea confusión en el entorno del mentiroso y le origina confusión mental. La mente insincera no puede abarcar con claridad la realidad circundante, igual que un espejo lleno de polvo no puede reflejar con nitidez los objetos de su entorno. Una mente clara implica una mente sincera, no distorsionada por nuestras propias invenciones y autoengaños.

Cuenta las crónicas que los vecinos y conocidos de Mahoma le llamaban

Al-Amin, el Verdídico, el Digno-de-Confianza, por su hábito de decir siempre la verdad. Y que, cuando se sintió llamado a promulgar entre sus gentes un mensaje de respeto y adoración reverente hacia esta fuerza misteriosa esencial en la Naturaleza a la que los devotos religiosos denominan Dios, fue asaltado por la duda de si valía la pena hacerlo, de si sería capaz de hacerlo. Comentadas sus dudas a Khadija, su esposa, ésta le animó: *"Tú nunca has engañado a nadie; tú nunca has roto tu palabra; ¿cómo podrías ahora ser engañado por Dios? Sigue adelante con lo que tu corazón te indique, esposo mío"*. Así es: se requiere un corazón puro para poder contemplar el mundo que nos rodea con esta visión holística, global, omniabarcante, que genera fe consciente en el Ser Humano y en la Naturaleza en que está inmerso. Así lo expone San Mateo: *"Bienaventurados los limpios de corazón"*: ellos alcanzarán la visión correcta de Dios; y puesto que Dios se manifiesta mediante sus obras, los limpios de corazón verán en su correcta perspectiva las obras de la Naturaleza. Así nos lo indica también L. Frank Baum (El Mago de Oz) con una magnífica simplicidad, llena de ingenua inocencia y a la vez henchida de un magnífico significado: *"Después de todo, tener cerebro no es la mejor cosa del mundo"*, comenta el Leñador de Hojalata al Espantapájaros deseoso de tener en su cabeza un cerebro en lugar de un relleno de paja. *"Hubo un tiempo, sigue el Hombre de Hojalata, en que tenía un cerebro y también un corazón; habiendo experimentado con ambos, preferiría mucho más volver a tener un corazón"... "porque la inteligencia no trae la felicidad, y la felicidad es la mejor cosa del mundo"*.

Y ¿cómo ser limpios de corazón? ¿Es muy difícil? ¿Cómo ver en su correcta perspectiva la realidad que nos circunda? No debería ser difícil: la realidad está ahí, alrededor nuestro, aquí, ahora. Pero... ¡Tan cerca y a la vez tan lejos! Creemos verla y tocarla, y nos hallamos con las manos extendidas en el vacío. Enturbia nuestra visión por

nuestras propias ideas preconcebidas, no sabemos pensar libremente: pensamos utilizando encadenamientos automatizados que mantienen nuestra visión dentro de un círculo de ideas limitado a unos cuantos conceptos que suenan bien. O que están de moda. O, simplemente, que nos bastan para sentirnos cómodos. Pero, si alguna vez osamos escudriñar en nuestro interior, no lo vemos claro. Y ello nos deja perplejos, intranquilos, quizá irritados o un poco deprimidos... Y, si no se es valiente, se intenta olvidar esta sensación aturdiéndose nuevamente con las imágenes del mundo exterior, que se proyectan continuamente en la periferia de nuestra conciencia. ¿Tiene remedio esta situación? Antes lo hemos anotado: valor y sinceridad. El consejo suena fácil: "*Llamad y se os abrirá*". Llamad con decisión a las puertas de la Naturaleza, y la Naturaleza os abrirá sus misterios, toda su Magia. La Naturaleza no se esconde: Ella está aquí, eternamente renovada y pura en su devenir incesante. Es la Energía/Materia de la moderna Física Atómica, origen y sostén básico del Universo que conocemos; es la madre Cibeles de la antigua Mitología Frigia, continuamente generando el Mundo. Para comprenderla, no podemos pretender encerrarla dentro de nuestros conceptos limitados, sino, muy al contrario, debemos ensanchar nuestra propia capacidad de comprensión para poder abarcarla. En frase de San Lucas, debemos crecer "*en edad, en sabiduría y en gracia*", esto es, debemos crecer armónicamente: en desarrollo físico, mental y emocional. Y este crecimiento armónico conllevará, de por sí, "*por añadidura*", un crecimiento de

la vida interior, un despertar del espíritu humano y una ampliación de su campo de visión.

Insistamos: no se trata sólo de analizar las circunstancias; es también preciso comprenderlas en su correcta dimensión, en su correcta relación recíproca y respecto a nosotros mismos. Análisis, sí, pero también comprensión holística, integrada, de nosotros y del mundo. En la antigua Grecia, no hacía falta consultar directamente al Horáculo de Delfos: simplemente bastaba con llegar hasta su puerta y comprender el profundo sentido de la frase que, según cuentan, campeaba a la entrada: "*Hombre, concóctete a ti mismo* (que tan difícil es) y *conocerás a los demás* (que tan fácil parece)". Y ello no puede hacerse sólo con el cerebro: es preciso también utilizar todos los recursos del corazón; sólo un armónico abrazo de mente y corazón puede iluminar con justeza las vicisitudes de la vida humana. Lograr este abrazo, esta correcta comprensión de nuestro actuar cotidiano, no es fácil, pero tampoco es abrumadoramente difícil: está al alcance de todo aquel que, con seriedad y respeto, se lo proponga. Porque la Naturaleza está aquí, siempre presente. Simplemente se trata de que abramos de verdad los ojos y miremos.

Y entonces, en nuestras andanzas por el mundo, no trataremos de ver a cada paso gigantes amenazadoramente furiosos sino que, avisados y atentos, nos percataremos de la presencia de dignos molinos, las aspas girando, serenas, al compás de los tiempos.